

II. ARTÍCULOS

ESE OSCURO OBJETO DEL DESEO: CUERPO Y SEXUALIDAD EN LAS SOCIEDADES POSTINDUSTRIALES

Pedro Sánchez Vera
Universidad de Murcia
psvera@um.es

Recepción: 28-02-2010

Aceptación: 14-04-2010

Resumen

El artículo versa sobre la creciente importancia que las sociedades post-industriales prestan a la sexualidad como elemento identitario. Igualmente se hacen distintas reflexiones sobre la implicación de esta con la salud, la belleza y la imagen, así como la implicación del sujeto en el control de los cuerpos y los debates políticos recientes sobre este último aspecto.

Palabras clave: sexualidad, cuerpos, control, alimentación, salud, belleza, imagen.

Abstract

The article deals with the growing importance that post-industrial societies provide to sexuality as an identity element. Likewise, there are different reflections on its implication with health, beauty and image, as well as the involvement of the subject in the control of the bodies, and the recent political discussions on this last point.

Key words: Sexuality, bodies, control, nutrition, health, beauty, image.

1. Introducción

La cosificación de los cuerpos –fundamentalmente del cuerpo femenino–, es una de las grandes tendencias en las sociedades contemporáneas. El cuerpo como construcción social y como identidad personal es a la vez un elemento de interacción social, que viene socialmente definido ante todo por el sexo. Sexo en una doble dimensión: en tanto que género y como sexualidad. Aunque quizás merezca la pena aclarar algo más las diferencias entre sexo y género, pues mientras el “sexo” se refiere a diferencias biológicas entre hombre y mujer, el “género”, se refiere a diferencias culturales (Oakley, 1976). Así, el sexo hace referencia a las características biofisiológicas como cromosomas, genitales externos, gónadas, estadios hormonales, etc. De esta forma, al hablar de sexo se tiende a mirar una cierta “esencia”, por lo que la diferenciación sería entre “macho” y “hembra”. Por el contrario, cuando nos referimos al “género” estamos haciendo referencia ante todo a normas comportamentales histórica, social y culturalmente determinadas, es por esto que cuando hablamos del cuerpo en relación al género nos referimos a “masculino” y “femenino”. Esta diferenciación es importante, pues como señala una experta “permite ver como los cuerpos adquieren sentidos que no son fruto de la naturaleza, sino de la huella de la cultura, de tal manera que, mientras todas las culturas marcan una diferencia entre los dos sexos, no todas ellas trazan la línea en el mismo lugar” (Entwistle, 2002: 176). Con todo, en esta perspectiva no todos los especialistas están de acuerdo. Existiendo un debate en torno a la preeminencia de uno sobre otro, e incluso podría hablarse de una cierta contestación a la “ideología de género” (Calvo, 2007; Trillo Figueroa, 2009).

En cualquier caso, el género viene definido por una serie de atributos en los que se dibuja una parte sustancial de la identidad de cada sujeto, ligada esta a los roles esperados, al comportamiento socialmente definido, y a las características diferenciales asignadas a cada género, que hace que lo que para un género pueda ser concebido como valores –o virtudes–, para el otro puedan ser defectos y viceversa. Y lo que es más, la

existencia de un simbolismo ligado al género, que atribuye ciertas características innatas a cada uno, así como un destino social y unos espacios físicos y metafóricos.

La identidad del sujeto está ligada en gran parte a su género y a su sexo, como construcciones histórico-culturales. Sobre este particular, son muchos los especialistas en la materia que han llamado la atención sobre muy variados aspectos cambiantes de las identidades masculina y femenina. Así y a modo de ejemplo, Butler (2002) nos habla de los “cuerpos que importan” refiriéndose a la incidencia de la escenografía social de los mismos; Schilder (1983) nos pone sobre la mesa la importancia de la imagen y la apariencia del cuerpo humano en sus procesos identitarios. Otros enfatizan los aspectos cambiantes de las identidades de género, bien sea sobre la masculinidad y sobre el incierto “futuro de los hombres” (Salzman, Matahía y O’Reilly, 2005), o a través del análisis de la “construcción de la masculinidad” (Valcuce del Río y Blanco López, 2005) de los “peligros de ser varón” (Goldberg, 2005), sobre los cambios sociales y su influencia en la identidad masculina (Lomas, 2003), sin olvidar alguno de los aspectos referidos a la tradicional dominación de un género sobre otro (Bourdieu, 2000 y 2004). Otros autores van a prestar especial atención a la importancia y al alcance de las transformaciones de la identidad femenina y masculina, bien sea desde un punto de vista cultural (Morris, 2005 y 2007) o social (Badinter, 1993; Castells y Subirats, 2007; Gil Calvo, 2000; Martínez Oliva, 2004). Desde la perspectiva de las sociedades globales, autores como Giddens, hablarán de una transformación de la intimidad, a través del amor, el erotismo y la sexualidad (Giddens, 2006) o Castells, lo hará sobre la identidad de género en la era de la información (Castells, 1997). Otros autores, especialistas en la denominada “sociedad del riesgo”, han marcado el acento en la importancia del sentimiento de seguridad (Beck, 1998 y 2002; Luhmann, 1992) junto a la creciente individualización de los actores sociales y particularmente de las relaciones entre los sexos dentro y fuera de la familia (Beck, 2003; Singly, 2005; Touranine, 1987).

En cuanto a la sexualidad, la sociología ha puesto de relieve la importancia creciente del sexo en las sociedades, hasta el extremo que la sexualidad es una de las constantes que más han influido y permanecido a lo largo de la historia de la humanidad

(Corbin, 2005), lo cual no quita que haya una redefinición de roles y de identidades sexuales y del estatus de la sexualidad en la vida cotidiana de los sujetos y en la interacción social (Pinker, 2009). Asuntos estos, que referido a las sociedades contemporáneas, han llevado a algunos especialistas a hablar de la “cultura del striptease” (Mc Fair, 2004), o sobre la importancia del sexo y su creciente independización de la procreación y de la familia (Baker, 2001), sobre la “caótica” incidencia de la sexualidad en el amor y en las nuevas formas de relación amorosa (Beck, Beck, 2001; Marina, 2007), sobre la “pornografía en la sociedad” (Origen, 2005), o sobre el alcance y la transparencia de las nuevas identidades sexuales en general (Gil, Cáceres, 2008) y de las femeninas (Gimeno, 2005; Preciado, 2002 y 2008; Puigvert, 2002) y masculinas en particular (Guasch, 1995), o sobre el sexo como “nueva adicción” (Valleur y Matysiak, 2005).

Una de las constantes que cada vez se observa en mayor medida, es la sexualización de las relaciones sociales y de la vida cotidiana. Una desvinculación entre sexualidad, procreación y afecto, donde el cuerpo cobra un papel preeminente como factor de seducción. De otro lado, la magnificación del sexo, hasta el extremo de convertirlo en un nuevo imperativo social, donde se exaltan las virtudes terapéuticas de su práctica -concebida desde una perspectiva holística y homeostática -, es un hecho cada vez más frecuente en nuestras sociedades. La relajación y el sexo, como combates del estrés, son aludidos y publicitados -junto a los masajes- a través de la prensa diaria desde sus cada vez más crecidas secciones de contactos y relax (hasta el extremo de que muchos de estos anuncios deben explicitar que no se trata de masajes sexuales). Como señalan algunos especialistas, se ha venido en crear un nuevo imperativo social con respecto a la práctica del sexo, hecho que no es siempre fácil en personas de cierta edad, donde la capacidad de seducción puede haberse visto contraída, o bien sienten “desinterés”, o sencillamente tienen disfunciones y dificultades físicas para su práctica (Moragas, 1999).

En cualquier caso la hipersexualización o magnificación de la sexualidad afecta a todas las edades.

Cada vez es más frecuente entre especialistas analizar la “erotización de la infancia”. Recientes episodios han llevado en el RU a hacer retirar a los almacenes Primark biquinis para niñas con relleno de sujetador (La Verdad, 15/04/2010: 64). Las presiones comerciales hacia la sexualización prematura son cada vez más frecuentes, extremo este, que ha sido denunciado por distintos organismos (Sociedad de la Infancia británica) sobre el peligro de acortar la infancia, y que en general va aparejado a otras patologías sociales como una manifiesta insatisfacción por la tenencia de bienes materiales, y a despreciar a compañeros que no cumplen esas expectativas de consumo ligadas a roles sexuales adultos y que generan desequilibrios emocionales y trastornos de conducta.

Por otro lado, y referido a la sexualidad de los seniors, cada vez es más frecuente la erotización de la vejez. Así, referido a la práctica sexual, es cada vez más frecuente el uso de medicamentos destinados a mantener relaciones sexuales. Referido al viagra y su popularización ha sido todo un fenómeno social, hasta el extremo de que nació para ayudar a los afectados de disfunción eréctil y se ha convertido en moda para muchos. En sus pocos años de existencia, los efectos colaterales de las pastillas sexuales son ya asunto social: uso abusivo, disgustos de pareja y malestar por hacer del acto competición y negocio. Este hecho ha llevado a hablar de “cuerpos enviagreados” (Veyrat, 2008); Amaltea, Federación Española de Sociedades de Sexología). Con independencia del viagra (y similares), estiramientos de pene, prótesis, y cremas diversas, son objeto de un floreciente nicho de mercado (el del sexo). Este hecho ha sido analizado por distintos especialistas en sociología del género, poniéndolo alguno de ellos en relación con la crisis a la que se ve sometida la identidad masculina (Valcuence y Blanco, 2004; Garrido y Gil Calvo, 2002). En el caso de la identidad femenina, la cosificación del sexo femenino y la vinculación de la identidad femenina la esbeltez y a la juventud, ejercen una especial presión sobre la mujer para mantener su cuerpo en valor. Así se puede producir la analogía siguiente: mujer sin pecho: mayor o mutilado (cáncer de mama), no es mujer en su totalidad, al igual que la mujer sin hijos (Sau, 1995).

Desde una perspectiva integral de la belleza-salud-imagen, han empezado a proliferar en el mundo las denominadas peluquerías con “final feliz” (inicialmente

conocidas como peluquerías de chinos y ligadas a la prostitución), pero que se van haciendo extensivas a otros órdenes en el sector de peluquerías integrando servicios integrales de belleza y relajación (no necesariamente de caballeros).

Erotismo y pornografía cobran un impulso central en las sociedades modernas, donde por otra parte, las posibilidades de su consumo virtual, se han visto seriamente incrementadas en la era de la “sociedad red” (Castells, 1994). La propia relación y asociación de lo obsceno con la pornografía y su débil y sutil frontera real con lo erótico son un indicador del alcance de la sexualidad en nuestras sociedades (Marzano, 2006). Sociedades que han pasado de una cultura de la sexualidad presidida por los sistemas de creencias y de moralidad religiosa (donde se prohibía y se restringía cualquier muestra pública de conducta o estímulo erótico), a una cultura de la sexualidad que pivota sobre el hedonismo, la satisfacción y autorrealización del individuo como meta (marcada por la expresión y provocación del deseo sexual). Mientras que el erotismo pone en escena el misterio del sujeto y de la sexualidad, la pornografía adula el voyeurismo y entrega a la mirada un cuerpo fragmentado, carente de rostro (Marzano, op. cit.). Como señalan algunos especialistas, el porno se constituye en una ceremonia privada donde toda la seducción de la ceremonia está basada en la violencia que ejerce sobre la lógica del sentido (Barba y Montes, 2007). Así, del porno en red o a través de la webcam, el antiguo consumidor se está convirtiendo en productor y en sujeto porno. El consumo masivo de pornografía puede ser un indicador de una nueva fase en las relaciones privadas y colectivas con lo pornográfico (Barba y Montes, op. cit; Ogien, 2005).

Los estudios desde la sociología de la comunicación de masas y de cultura mediática (Castells, 1994; Lipovetsky y Serroy, 2009; McQuail, 1991), así como desde la psicología de los medios de comunicación (Del Río, 1996), o desde la teoría de la comunicación y semiología (Gubern, 1992), entre otras disciplinas, han puesto de manifiesto la importancia de los medios en el proceso de socialización de los individuos. Un asunto insuficientemente conocido –y del que escasean los trabajos en España- son las relaciones entre sexualidad y nuevas tecnologías de la comunicación, siendo conocidas las muy abultadas cifras de sujetos que navegan en páginas

pornográficas, o que tienen algún tipo de relación virtual con el sexo, siendo esto una de las grandes motivaciones entre los contactos, dentro de una muy variada gama de actividades (chateos, contactos, intercambio de archivos, etc.). En cualquier caso, una nueva forma de erotismo y de seducción se produce a través del ciber-espacio, mereciendo ser objeto de una mayor atención por parte de la sociología. Igualmente, existe un crecimiento de las patologías sociales, fundamentalmente las adicciones, asociadas al sexo (Elola, 2008).

De otro lado, el estatus de la prostitución alcanza niveles impensados a los que la sociología contemporánea deberá prestar creciente atención. La propia sociología del cliente va transformándose, tal como han señalado muy variados informes, donde se está produciendo un rejuvenecimiento entre los clientes de la nueva prostitución (Sánchez-Vallejo, 2008; Guereña, 2003). Referido a España, según el INE, el 27% de los varones españoles de 18 a 49 años reconoce haber recurrido alguna vez a los servicios de una prostituta. El acercamiento a la prostitución por parte de las nuevas generaciones -mujeres incluidas- resulta algo socialmente aceptado: son muchas las despedidas de soltero que terminan en un club o con compañía de pago. La cultura de la inmediatez, la voluntad de obtener de forma rápida y sin esfuerzo el sexo sin compromiso han sido factores clave para este cambio de perfil en una generación que, paradójicamente, ha nacido después de la revolución sexual. Pero el denominador común aparece cada vez más claro: cuanto más rejuvenece la clientela, más aumenta la visión de la prostitución como parte integrante de la oferta de ocio. El perfil del cliente masculino de la prostitución en España es sensiblemente más joven que hace 10 años. Según los estudios de la Asociación para la Prevención, Reinserción y Atención de la Mujer Prostituida (APRAMP), el cliente habitual era en 1998 un varón casado y con cargas familiares, mayor de 40 años. En 2005 abundaban los jóvenes de 20 a 40. Es decir, con una media de edad de 30 años.

Por otro lado el crecimiento de las patologías derivadas de la adicción a la “sexualidad compulsiva”, son un exponente de la elevada sexualización a la que se ve sometida la vida social.

2. Sexualidad y cuerpos

El cuerpo en nuestras sociedades se convierte en poderosa arma de seducción. La importancia que nuestras sociedades asignan a la sexualidad es mucho más que notable. Si bien sus formas van ligadas al estatus social, no cabe duda de que estamos ante el más interclasista y homogeneizador atributo y actividad de los seres humanos. La secularización de las sociedades, la liberación de la mujer y el cambio de roles del varón -o la crisis de identidad de este en opinión de algunos especialistas (Salzman *et al.*, 2005)-, y sobre todo la divulgación y generalizado uso de métodos y técnicas de control de natalidad -que separan la sexualidad de la procreación-, unido a la existencia de una muy fértil industria relacionada con la seducción, son entre otros, algunos de los factores que han dado preeminencia al sexo.

El “edadismo” de las sociedades, al que se refieren frecuentemente los especialistas en sociología de la vejez (Bazo, 2005), -aún teniendo una dimensión amplia y compleja-, no cabe duda, pasa por la elevada valoración del cuerpo joven en nuestras sociedades. Así, paradójicamente, en las sociedades envejecidas, las personas mayores van teniendo una creciente visibilidad social, pero a pesar de la referida visibilidad, la vejez es todavía temida y odiada, y suele producirse una invisibilidad manifiesta en los medios de comunicación, que dan la impresión de que en el mundo sólo existen personas jóvenes, e incluso podríamos añadir que además solo existen las personas guapas, sanas y ricas. La idolatría que las sociedades contemporáneas profesan por los valores asociados a la juventud, hace que las personas ancianas gocen de escaso prestigio social, existiendo incluso prejuicios acusados respecto a las personas ancianas y la ancianidad en general. Esto es lo que ha llevado a los expertos a hablar de “edadismo”, término traducido del inglés “ageism”, y que hacen referencia a la prevención contra las personas ancianas, que suelen ser percibidas negativamente (Op. cit.: 48). Una de las consecuencias más conocidas del referido edadismo es la existencia de perspectivas ideológicas que partiendo de un pensamiento esencialista, tienden a concebir a la vejez como una enfermedad (Sánchez Vera, 2009). Lo cual es un craso

error, pues la edad es insuficiente para conocer la vejez, pues la mayor parte de las enfermedades de los mayores, son consecuencia de las condiciones de vida que han tenido. Las encuestas de salud demuestran que la edad no es el único factor importante en el proceso de deterioro biológico, sino que se relaciona también con factores de orden social tales como el trabajo realizado, el nivel de instrucción, la alimentación, la cultura, los ingresos, los hábitos cotidianos de vida, el estado civil, etc. Esta perspectiva parte de un estereotipo falso: de que la mayoría de los ancianos gozan de mala salud, lo cual no se ajusta en absoluto a la realidad, ya que en sociedades como la española –y en la mayoría de los países desarrollados- la inmensa mayoría de la población mayor de 65 años goza de buena salud. La escasa información que se tiene de la enfermedad de los mayores, se ha tenido por estudios transversales (comparando grupos de edad), pero esto tiene el peligro de hacer aparecer como consecuencia de la edad, lo que únicamente tiene que ver con las condiciones de vida. Por tanto, serían deseables más estudios longitudinales que permitan separar los efectos de la edad de otras variables como las anteriormente reseñadas. Una consecuencia de concebir la vejez como una enfermedad es el hecho de que la ancianidad esté medicalizada en todo el mundo occidental.

Por otro lado, la existencia de las construcciones sociales y estigmatizadas de la vejez asexualada (sobre todo en la mujer), empiezan a verse cada más cuestionadas por la realidad de la vejez activa y por las concepciones y actitudes de los propios mayores en sus nuevas relaciones de pareja (López y Olazábal, 1998). Si bien es cierto que en las citadas relaciones, siguen primando los sentimientos e interés, sobre los de enamoramiento y atracción sexual (Sánchez Vera y Bote, 2007).

La elevada valoración del cuerpo infantil y del adolescente y su explotación a través de la red, es conocido a través de los cada vez más frecuentes episodios de tráfico de pornografía infantil, donde según datos de INTERPOL, el 50% de los delitos cometidos en la red están relacionados con la distribución, difusión y venta de este tipo de pornografía (El País, 17/10/2006: 36). Igualmente cada vez son más frecuentes los episodios de pedofilia y de pederastia. A pesar de que etimológicamente significan lo mismo (ya que ambas se basan en paidós: “niño” o “adolescente”), la pedofilia no se

refiere al abuso sexual sino a la mera tendencia sexual o atracción de un adulto hacia un menor. Diferencia esta, que es esgrimida en su defensa por los pedófilos, en la medida que la inclinación, atracción, no implica un delito. Junto al anterior argumento, la prematura madurez de muchos adolescentes y la imposibilidad de contrastar la edad son otros de sus argumentos. Un argumento singular entre la creciente pedofilia (virtual en gran parte), es aquel en el que los pedófilos (a través de internet) se declaran como la vanguardia de un movimiento centrado en promover el “derecho” de los niños a tener relaciones con adultos, lucha que no dudan incluso en comparar con la discriminación racial (ABC, 5/11/2006: 86).

No obstante, y tal como han puesto de relieve distintos estudios, cada vez es más frecuente el crecimiento prematuro de las niñas y la llegada de una pubertad prematura, (aparición del botón mamario, vello, curvas incipientes). El adelantamiento de la menarquia es cada vez más frecuente en Europa. Un estudio publicado en abril de 2009 en Copenhague sostiene que las danesas inician ahora la menarquia un año antes que hace 15 años. Algunos estudios españoles, empiezan a situar ya la edad media de la primera regla entre los once y doce años. Un dato orientativo, ya que hasta ahora los especialistas tomaban como referencia los 12 y medio en nuestro entorno. Lo llamativo es que además del adelanto general del reloj de la pubertad, se está dando un desarrollo precoz en niñas que, o están sobrealimentadas o han pasado en poco tiempo de la malnutrición a una dieta más rica y variada (El País, 28/11/2009: 50).

Por otro lado, los descubrimientos de la industria farmacéutica que permiten un sexo seguro (preservativo, píldora del día después) y a casi todas las edades (viagra: masculino y femenino), han favorecido la emergencia de uno de los grandes asuntos – quizás de los más constantes- en la historia de las sociedades. La práctica del sexo separado de la procreación y de la contracción de enfermedades, ha favorecido su práctica desde edades muy juveniles y hasta edades cada vez más avanzadas (la edad biológica ya no es una barrera para la práctica del sexo), tal como nos señalan las muy frecuentes y fiables encuestas. Así y a modo de ejemplo, según el estudio realizado por la Escuela de Higiene y Medicina Tropical de Londres en 59 países del mundo (El País,

02/11/2006: 40), en casi todos los lugares del planeta, la edad de inicio de las relaciones sexuales, tanto en el caso de los hombres como de las mujeres, se sitúa entre los 15 y los 19 años, pero con una clara tendencia de los hombres a mantener más prematuramente relaciones sexuales. Igualmente se pone de manifiesto en dicho estudio, como en los países desarrollados, la población suele tener más compañeros sentimentales a lo largo de su vida que en el resto del mundo (más de tres antes de cumplir los 25 años), mientras que esto se da sólo en un pequeño porcentaje en continentes como el africano. Dicho estudio pone de manifiesto igualmente, que en un mundo mayoritariamente monógamo, los occidentales son los más promiscuos. Así, entre las personas sin pareja estable, los occidentales son más activos sexualmente: dos terceras partes de los hombres y mujeres solteros africanos contaron que habían practicado sexo recientemente, frente a las tres cuartas partes que dijeron haberlo hecho en el mundo rico.

Frente a la prematura práctica de la sexualidad entre jóvenes y la extensión de esta a todas las edades, una cierta reacción aparece en el horizonte en reivindicación de la eroticidad (frente al desnudo) y de la seducción frente a la sexualidad plena. En esta línea aparece una reivindicación del “magreo” frente a la sexualidad coital. Igualmente desde una perspectiva religiosa -creciente dentro de los “nuevos movimientos religiosos”- reivindica la virginidad antes del matrimonio.

En otros lugares hemos referido desde la perspectiva sociológica, las posibilidades que se abren a la ciencias relacionadas con la procreación femenina, de que las posibilidades de embarazo a edades elevadas (incluso muy añosas: abuelas madre), sea un realidad en un futuro nada lejano (Sánchez Vera, 2008a).

Algunos de los grandes expertos en la denominada “sociología del amor y del erotismo” (Alberoni, 1984 y 1999; Baxter, 2000) han puesto de relieve la importancia creciente que las sociedades asignan a la seducción y a la sexualidad. Con el crecimiento de la competencia en lo que metafóricamente llaman algunos demógrafos los “mercados matrimoniales”, la actitud de varones y mujeres es diferente. En opinión de una experta (Cabré, 1994: 39):

“El mercado matrimonial existe, y podríamos definirlo como el lugar físico y simbólico donde se encuentran la oferta y demanda de pareja socialmente legitimadas, concepto, este último que tiene distintas connotaciones en el tiempo, en el espacio y en la amplia gama de grupos sociales. Los equilibrios que dan lugares a transacciones, lo que podríamos llamar precio, no se fija por supuesto en dinero (cosa que constituye el principal argumento de los interlocutores al término mercado), pero si puede ser estudiado y descrito en términos de aportaciones personales respectivas a diferentes niveles: bienes, status personal y social, expectativas de futuro, compromiso, actitudes y disposiciones”.

Pero a pesar de los cambios habidos como consecuencia de la liberación femenina y en los cambios de rol habidos, en la práctica dentro del mercado matrimonial “las mujeres se han comportado y se comportan como oferta y los hombres lo hacen como demanda” (Op. cit.:40). En cualquier caso, los varones se han ido haciendo progresivamente más exigentes con su propio aspecto físico y con su presentación y acicalamiento. Con todo, son conocidas las turbulencias que acaecen en los mercados matrimoniales deficitarios en uno de los géneros (Garrido y Gil Calvo, 2002; Martínez Pastor, 2009; Sánchez Vera y Bote, 2006). El desigual estatus del celibato en función del género (varones de clases populares y de origen rural, y mujeres profesionales y urbanas), así como la tendencia al crecimiento de la hipogamia (mayor estatus de la mujer) y al descenso creciente de la hipergamia (mayor estatus del varón), son algunos indicadores del cambio social. Dicho cambio viene avalado entre otras cosas, por unos nuevos roles de la mujer y una crisis de la identidad masculina tradicional (Valcuce y Blanco, 2005).

De otra parte, el sexo, se convierte de forma creciente en motivo de disputas en los ámbitos mediáticos, que convierte en asunto de dominio público, lo que tradicionalmente quedaba reservado al ámbito de la más estricta privacidad. La práctica del sexo y el aireamiento de las deslealtades a él ligadas, está frecuentemente unido a imágenes de ascenso en la escala social, y en otros casos contribuye a engrandecer la

imagen de “crisis de la familia”, hechos ambos que han sido puesto de relieve por expertos en el ámbito de la sociología de la familia (Iglesias de Ussel, 1998) y en el de los medios de comunicación (Postman, 1991). Así, es frecuente encontrar en programas de televisión (noticiarios, realitys show), historias sobre infidelidades, seducciones e incluso de personas que “triumfan” en la esfera pública gracias a su capacidad de seducir o de haberse relacionado sexualmente con personajes famosos. Igualmente el sexo es objeto de información y divulgación, y también una forma creciente de movilidad social (ascendente o descendente). La mercantilización de la vida íntima (Hochschild, 2008), la sociedad del espectáculo (Postman, op. cit.) y el circo de la ambición (Taylor, 1990), son entre otros, ámbitos en los que se recrea una sociología de la infidelidad.

El incremento de las relaciones sexuales, dentro y fuera de la pareja, producto del proceso de secularización de las sociedades hace que muchas personas deseen mantener relaciones teniendo algunas dificultades técnicas para las mismas, esto hace que se demanden, de manera creciente, tratamientos más o menos integrales y más o menos transitorios encaminados a reparar ciertas disfunciones sexuales. Toda una industria de y para las relaciones sexuales se ha puesto en marcha. Con independencia de la proliferación de los supermercados del sexo de todo tipo. Una gama amplia y diversificada de productos han hecho su aparición, ocupando un lugar primigenio el viagra (y otros medicamentos similares), el cual está teniendo una demanda extraordinaria entre varones de toda condición y no necesariamente añosos. De igual manera los tratamientos de vigorización y los tratamientos especiales ligados al normal desarrollo de una sexualidad, no deben pasar desapercibidos (estiramientos de pene, ortopedias y artilugios varios, etc.).

3. Cuerpo y género. Tendencias sociales

La identificación de la mujer con el cuerpo y con las tentaciones de la carne y los adornos, ha sido una de las constantes a lo largo de la historia de la humanidad (Tscëlon, 1997). Para este autor, a las mujeres se les asocia más con el cuerpo, la sexualidad, el pecado y la ropa; según esto, no es de extrañar que en opinión de una especialista en moda (Entwistle, 2002), se condene a las mujeres por su forma de vestir.

En la mujer, la presentación y la enfatización de la sexualidad a través del cuerpo es creciente. Así en la construcción de la identidad femenina ha habido una exaltación de las partes de su cuerpo más ligadas a la sexualidad –labios, busto, glúteos– así como una exigencia de estar bella. La sexualización del cuerpo femenino tiene su máximo exponente en el busto. Si alguna parte del cuerpo femenino está indisolublemente ligado a su identidad es su busto, no en vano tiene connotaciones ligadas a la función femenina de la maternidad (una perspectiva psicoanalítica está cercana en el análisis del busto femenino). La maternidad, es metafóricamente el fin del cuerpo femenino (Varela, 2004). No es de extrañar que la inexistencia de esta (no tener hijos, hecho cada vez más frecuente en las mujeres occidentales y profesionales, o el simple hecho de haber rebasado la edad fértil, sean –también simbólicamente y en cierta medida– una negación de una parte de la identidad femenina (Gil Calvo, 2000; Morris 2005; Sau, 1995). El busto como exponente de la feminidad se desvanece en el cuerpo de la mujer anciana (socialmente negada en las entrañas de la feminidad) o en la mujer operada por motivos de salud (cáncer de mama), cuyo pecho mutilado supone una gran dureza para la mujer que lo padece. En ambos casos (mujer anciana sin pecho y mujer mutilada de mama por motivos de salud) se cumple el silogismo: ser mujer es tener pecho, por tanto mujer sin pecho no es mujer en su totalidad, o lo es sólo en parte.

Toda una sociología de la sexualidad femenina (Osborne y Guasch, 2003) se va a construir en torno al busto. Es a través de la moda y sobre todo cuando nos vestimos según las convenciones de género cuando anunciamos nuestro sexo (Woodhouse, 1989). El realce a través del corset, que en épocas clásicas oprimían el cuerpo femenino al

objeto de darle forma y realzar la feminidad (Martínez Moreno, 2008). Hoy, una alta tecnología se ha puesto al servicio del sujetador al objeto de realzar el busto femenino (“el mundo del wonderbra”). El feminismo militante –ante la enfatización de la mujer como cuerpo sexuado- ha luchado por la liberación del corset, quemado sujetadores como forma simbólica de liberación de una opresión física y social que veía en la mujer cuerpos sin alma (Butler, 2001 y 2002).

En lo que respecta al cuerpo masculino, éste está sujeto a una creciente erotización (Lomas, 2003) y a una nueva representación de la masculinidad a través de su propio cuerpo y de otros atributos (Martínez Oliva, 2004).

Referido al hombre, la presentación de modelos masculinos “metrosexuales” son un exponente de las exigencias sociales que el nuevo modelo de sociedad tiene para con el varón. El metrosexual define a los hombres como más sensibles, preocupados por su aspecto e interesados por la moda. Un cuerpo esbelto se encuentra ligado a la exaltación de los rasgos distintivos de la masculinidad. Estos patrones y exigencias sociales, unidos a la creciente iniciativa con que muchas mujeres se conducen en todos los dominios de la vida –incluidos los relacionados con el sexo-, llevan al varón a verse envuelto en algunos “compromisos” y dificultades. El tener un sexo capaz de responder a los requerimientos sociales, se ha convertido en una de las necesidades de muchos varones. Un exponente de la misma son las antes referidas prótesis, los alargamientos de pene y de visitas a urólogos para mejorar la sexualidad, son cada vez más frecuentes entre personas de todas las edades.

Pero por otra parte, esto no está reñido con la emergencia de nuevos modelos de hombre. Así, es previsible la coexistencia de dos modelos masculinos en alza: el “metrosexual” y el “übersexual”. Para algunos de los expertos en publicidad (Salzman, Matahía y O’Reilly, 2005), el übersexual es un varón que deja de lado el gusto por los accesorios femeninos, por depilarse, hacerse la manicura, las cremas o cualquier tipo de tratamiento de belleza (metrosexual) para recuperar los conceptos y las actitudes más tradicionales de la masculinidad. Así –y según estos expertos-, los varones übersexuales están menos preocupados por sí mismos, pero se les reclama que posean un estilo

propio (inequívocamente masculino, pero no brusco y grosero), y que estén decididos a lograr la máxima satisfacción en todos los aspectos de su vida, siendo estos nuevos modelos de varón –los úbersexuales- más atractivos, dinámicos y cautivadores que el metrosexual. El nuevo perfil no pide un cambio radical del “metrosexual”, ya que comparte con el, la preocupación por la imagen personal y el estilo, aunque eso sí, despojado de componentes egocéntricos y narcisistas.

4. Salud-belleza-imagen. Algunas patologías sociales

El cuerpo como elemento de interacción social –ligado a la belleza y a la imagen- ha ido cobrando un estatus capital en nuestras sociedades. Para una adecuada comprensión de la prospectiva social, este no puede ser entendido más que como una unidad o una totalidad, esto es: la integración del cuerpo físico sano y la imagen que transmite a través del cuidado integral del mismo. En dicho cuidado cada vez se hace más difícil deslindar los aspectos estrictamente médicos de los terapéutico-preventivos, y de los relacionados con la belleza y la imagen. El cuerpo y su lenguaje, es cada vez más apreciado como intermediario social (Fast, 1971), convirtiéndose en una fachada del éxito social en distintos órdenes (trabajo, amor, etc.), y ocupando un lugar central de la identidad del sujeto (Featherstone, 1991).

El cuerpo en la cultura de consumo está ahora sujeto a un millar de técnicas “disciplinarias” enfocadas a manipularlo parecer sexi, así junto a las dietas y programas de ejercicios, existen toda una serie de formas de trabajo corporal que se pueden realizar para resaltar nuestro atractivo físico y crear un cuerpo bello (Entwistle, 2002). El cuerpo físico puede ser objeto de atracción o de rechazo. Belleza y fealdad se construyen socialmente. Nuestras sociedades ejercen un control discrecional sobre los cuerpos, los cuales se ven sometidos a los dictados de la imagen. Sin entrar en valoraciones sobre la creciente materialización de las sociedades que se distancian los aspectos profundos de personalidad y moral –que realmente constituyen la verdadera identidad del sujeto-, la evidencia es que

la imagen transmitida por el cuerpo –en tanto que unidad biológica y social- tiene un estatus preeminente. Esto es, como la edad y sobre todo el género como definidor cultural, y la imagen física como identificador grupal y de estatus, son uno de los pilares de nuestras sociedades. El cuerpo se constituye como fachada y medio del éxito social.

Son muchos los especialistas en la denominada “sociología del cuerpo” (Bourdieu, 1986, 1988 y 1991; Turner, 1989) que ponen de relieve la importancia del aspecto físico y su relación con la imagen del sujeto en sociedad, o con la creciente dificultad de descomponer en el análisis del cuerpo los distintos aspectos antes señalados. Dicho más académicamente, la necesidad de “deconstruir” (Derrida) el cuerpo para poderlo entender en su globalidad. La “deconstrucción” del aspecto físico nos lleva a la suma de tres elementos: 1. La corporeidad. 2. Los acicalamientos con los que el sujeto se adorna: ropas, peinados, complementos, etc. 3. La imagen como suma de los anteriores (cuerpo deseado y cuerpo recreado).

El cuidado del cuerpo se ha convertido en uno de los grandes paradigmas de nuestras sociedades, con especial atención a aquellos atributos que refuerzan la sexualidad de los mismos. En el caso del varón, musculatura, y en el de la mujer, un énfasis en sus partes más femeninas (labios, busto, glúteos). El cuidado del cuerpo es un cuidado cada vez más científico y particularizado de cada una de sus partes. Dicho cuidado va desde los tratamientos de cara (anti-arrugas, reafirmantes, anti-estrés, hidratantes, limpiezas de cutis...); a los de uñas (manicura, lacado, coloreo...); pelo (canas, caspa, peinado...); piel (arrugas, ojeras, aptas de gallo...); ojos (realce, cejas, pestañas); maquillajes (para todo momento y tipo), etc. O de otra parte, tratamientos corporales más o menos completos: anticelulítico, reafirmante, pos-parto, reductor, peeling corporal, etc. En opinión de algunos especialistas en la materia (Dichter, 1963; Roíz 1994 y 2002) el cuerpo nos pone en relación con otras de las grandes necesidades humanas que son las de amor y afecto y la de seguridad. Así, los productos aparecen como intercambios de afectos, el amor por el cuidado de “del otro” o “de los tuyos”, o como vehículo para conseguir el amor-afecto-placer o la seguridad que proporcionan.

Nuestras sociedades otorgan al aspecto físico un estatus capital, de tal suerte que hay una exaltación del trinomio salud-belleza-imagen en todos los órdenes, dentro de una sociedad manifiestamente hedonista. Así, es creciente la imbricación entre los campos de la belleza y de la salud, hasta el extremo que hay una cierta tendencia a su equiparación: Salud es belleza. Belleza es salud.

La medicina haciéndose permeable a estas tendencias cada vez toma más en consideración los aspectos integrales de la salud, entre los cuales se encuentran las manifestaciones externas de la salud como son el estado físico soportado en un cuerpo bello y bien presentado. La belleza igualmente contribuye a la mejora del estado corporal y la percepción -del propio sujeto y de los demás- de un cuerpo “saludable”. Significa esto, que crecientemente existen zonas nebulosas o de “incertidumbre” de imbricación entre la medicina y la estética. No es un asunto baladí, ya que se están produciendo crecientes demandas de intrusismo profesional por parte del colectivo médico frente a sectores que se dedican a tareas limítrofes con los cometidos de la medicina. Pero la realidad, es que como definición social, el antes referido trinomio salud-belleza-imagen está generando un segmento de mercado creciente en el que son muchos los profesionales que quieren formar parte del mismo. No es de extrañar, que una vertiente creciente de la medicina sea la dedicada a la estética en un sentido amplio. No solo la cirugía plástica como rama creciente, sino también, todas aquellas especialidades encaminadas a un tratamiento integral del cuerpo como unidad estilística. La diversidad, y casi entreveramiento de productos dietéticos, naturales y de tratamiento de belleza e higiene, es una de las grandes transformaciones que se está produciendo, y que no ha hecho más que empezar. Las propias oficinas de farmacia, están sujetas a esta transformación. Así, han visto crecer exponencialmente la cantidad y número de productos que almacenan en sus anaqueles destinados a la higiene y la belleza. Un ejemplo de crecimiento de este sector lo dan las múltiples cadenas (Natura y Natur House, Santiveri, etc.), resulta particularmente interesante la cadena Herbalife que de forma directa y a través de redes familiares y de amistad comercializa productos relacionados con la dieta, creándose en su entorno una cierta ”cultura de simpatizantes”.

Otro ejemplo, podemos encontrarlo en la evolución acaecida en los últimos años por el segmento de peluquerías, dicho sector ha venido caracterizado en los últimos años por la progresiva transformación en dos aspectos: en centros unisex. y en centros integrales de belleza. Una evolución similar empieza a observarse con el sector de gimnasios.

5. Cuerpo y salud: Algunas patologías sociales

Resulta paradójico, que el antes citado hedonismo de las sociedades de consumo de masas, se vea acompañado de un cierto culto al sufrimiento: las dietas y sus privaciones (Castro, 2001), el ejercicio físico sacrificado, son algunas formas de infringir un dolor a los cuerpos. Es cierto que a través del proceso de secularización de las sociedades, el cuerpo ha dejado de estar regido por las creencias religiosas –más o menos severas-, pero ese control del cuerpo ha pasado a estar en manos de la ciencia. Así, nuestro cuerpo, siempre sometido al rigor de las normas sociales, hoy más que nunca se encuentra sometido a los preceptos de la racionalidad instrumental o formal (Turner, 1994). Desde los muy atinados estudios de Max Weber sobre la racionalización de las sociedades y la importancia del cuerpo humano en la moderna historia occidental, a través de una ética (la derivada del protestantismo calvinista) que trata de regular las energías corporales y el destino de estas, controlando y/o negando los placeres carnales (Weber, 1969). O las igualmente muy interesantes consideraciones de Emile Durkheim sobre el suicidio y sus tipos –no hay mayor negación del cuerpo que quitarlo de en medio- (Durkheim, 1965), o las reflexiones de este mismo autor sobre la importancia del cuerpo en las sociedades de creciente “solidaridad orgánica” como las nuestras, donde nos vemos obligados a definir el significado de nuestro cuerpo ante los demás y ante nosotros mismos, como forma de búsqueda de nuestra posición vital, a diferencia del modelo de solidaridad mecánica (sociedades tradicionales donde los sujetos entran en la misma con un cuerpo previamente definido) (Durkheim, 1982).

Otras reflexiones sobre el cuerpo y los “suffrimentos” a los que lo sometemos nos llevan directamente a Friedrich Nietzsche, el cual nos hace ver el placer que nos puede generar hacernos daño, y como esto puede ser una necesidad fundamental del hombre:

“[...] tal vez la escritura mayúscula de nuestra existencia terrena induciría a concluir que la tierra es el astro auténticamente ascético, un rincón lleno de criaturas descontentas, presuntuosas y repugnantes, totalmente incapaces de liberarse de un profundo hastío de sí mismas, de la tierra, de toda la vida, y que se causan todo el daño que pueden, por el placer de causar daño, probablemente su único placer [...]. Tiene que ser una necesidad de primer rango lo que una y otra vez hace crecer y prosperar esta especie hostil a la vida, -tiene que ser, sin duda, un interés de la vida misma el que el tal tipo de autocontradicción no se extinga” (Nietzsche, 1972: 136-137).

No es de extrañar, pues que entre las aficiones de los hombres haya estado a lo largo de la historia el mortificar su propio cuerpo, siendo distintas las razones y motivos que a ello le han conducido, bien sea motivos rituales (manifestaciones de luto como expresión de la muerte de un ser querido), por motivos pedagógicos (“la letra con sangre entra”), por motivos de fe (cilicios, ayunos, duchas de agua fría, etc.), o por motivos de carácter terapéutico (lavativas, purgantes, etc.).

Resulta paradójico que en las sociedades post-industriales, en las que prima el principio del placer, sin embargo, la mortificación del cuerpo sigue estando presente. Así los ritos de iniciación (pérdida de virginidad, primera borrachera, primer porro) u otras razones: el deporte, las dietas de adelgazamiento, no son más que exponentes del daño que infringimos a nuestro cuerpo. Otros elementos identitarios tan en boga como pueden ser los piercing – veces en lugares imposibles-, o el boom del tatío -tatuajes en todas las partes del cuerpo-. Uno y otro, antes relegados a sectores sociales bajos, cuando no marginados, son hoy objeto de un generalizado e interclasista consumo, siendo exponente de esa paradójica actitud de las sociedades, hedonistas de una parte y

capaces de infringirse dolor de otra. Esto es, como las prácticas ascéticas del presente, resultan ser el contrapunto posmoderno de la severidad de la ética protestante (Castillo Castillo, 1997), o aún más, el control sobre el cuerpo a través de la cirugía estética (liftin, estiramientos, tratamientos sobre la piel, las manchas, el color: aclaramientos, bronceados, etc.).

Tal como señala una experta antropóloga, tanta negación del cuerpo en nuestras secularizadas sociedades, quizás tenga que ver con “la conquista de la carne, y para algunos esta puede ser la única victoria de su vida” (Vlahos, 1979: 196). Un espacio específico merecerían las dietas y el deporte. Quizás sobre las dietas, merezca resaltar como muchas de ellas están inspiradas en un ascetismo laico no muy alejado del “ayuno” y de la “abstinencia” (Castro, 2001) que preconizaba el ascetismo monacal, donde se señalaban como enemigos del hombre: “mundo, demonio y carne”. Frente a este, otros postulados contraculturales juveniles preconizaban “sexo, drogas y rock and roll”. El cuerpo sigue entre medio.

Como hemos referido anteriormente, el creciente interés por la cirugía plástica y estética, está estrechamente ligada a la importancia que nuestras sociedades asignan al cuerpo, a efecto de hacerlo más atractivo y seductor, o si queremos, para disimular los surcos que el paso de los años dejan en el mismo. Así, los sujetos sienten la necesidad de transformar su cuerpo haciéndolo más bello y objeto de deseo (ese oscuro objeto del deseo). El interclasismo de los clientes y la incorporación de varones y jóvenes son algunas de las tendencias recientes de la cirugía estética. Una de las patologías sociales es la obsesión por un cuerpo musculoso, hasta el extremo de llegar distrofias de su aspecto (vigorexia).

De otro lado, la obsesión por la transformación del cuerpo a través de la cirugía estética, ha llevado que se hayan detectado ciertas patologías sociales entre los clientes asiduos a la cirugía plástica y estética. Recientes estudios realizados en los Estados Unidos ha identificado ciertos perfiles de sujetos dismonáxicos, esto es que no se aceptan como han nacido y se someten a continuas metamorfosis en su cuerpo. Entre estos clientes se encuentra lo que los especialistas han venido en llamar los SIMON, que se correspondería con las siglas del siguiente perfil: Soltero, Inmaduro, Masculino, Obsesivo, Narcisista.

El disimulo de la edad biológica o si queremos, la lucha contra la misma, está a la orden del día, y conlleva una implicación activa del sujeto en su cuidado, para lo cual los sujetos destinan cada vez más recursos a este fin.

La proliferación de concursos de mises –y recientemente también de mister-, la presentación de cuerpos esculturales acompañando cualquier producto, son un ejemplo más de los patrones corporales. Dichos patrones, acaban siendo dictados sociales, tanto por las tallas, cuanto por la asociación al éxito que a ellos va unido, tal como han señalado algunos de los grandes especialistas (Barthes, 1978; Baudrillard, 1981).

El cuidado del cuerpo y en particular la alimentación tiene un valor social y cultural de primer orden. A este respecto las muy atinadas reflexiones de Pierre Bourdieu sobre el “hábitus” y su relación con la alimentación, son un exponente no solo ya de la interacción entre la estructura del gusto en alimentación, la estructura social y la sociología del gusto de cada sujeto. Pues como nos señala Bourdieu, el gusto en materia de alimentos:

“[...] depende también de la idea que cada clase se hace del cuerpo y de los efectos de la alimentación sobre el mismo, es decir sobre su fuerza, su salud y su belleza, y de las categorías que emplea para evaluar estos efectos [...] las clases populares más atentas a la fuerza del cuerpo (masculino) que a la forma, tienden a buscar productos baratos y nutritivos, los miembros de las profesiones liberales preferirán productos sabrosos, buenos para la salud, ligeros y que no hagan engordar. Cultura convertida en natura, esto es incorporada, clase hecha cuerpo, el gusto contribuye a hacer el cuerpo de la clase [...] el cuerpo es la más irrecusable objetivación del gusto de clase, que manifiesta de diversas maneras. En primer lugar, en lo que tiene de más natural en apariencia, es decir en las dimensiones (volumen, estatura, peso, etc.) y en las formas (redondas o cuadradas, rígidas y flexibles, rectas o curvas, etc.) de su conformación visible, en las que se expresa de mil maneras toda una relación con el cuerpo, esto es, toda una manera de tratar el cuerpo, de cuidarlo,

de nutrirlo, de mantenerlo, que es reveladora de las disposiciones más profundas del “hábitus” (Bourdieu, 1.991: 188).

La obesidad –desigualmente repartida entre géneros y grupos sociales en los países desarrollados-, se ha constituido en una de las grandes enfermedades de nuestras sociedades hedonistas y donde una cierta opulencia está ligada al nivel de vida (a pesar del manifiesto interclasismo de la misma). La vida sedentaria y el consumo de la denominada comida basura (fast food) sobre todo de la bollería industrial sobre todo en la población infantil está haciendo crecer de manera alarmante el número de personas obesas, siendo la obesidad infantil la más llamativa de las enfermedades a la que hacen referencia muy variados, científicos y documentados estudios. Una prueba importante sobre el control del cuerpo, es como entre los sujetos que se ponen a dieta de adelgazamiento, en un 80 % de los casos se hace por motivos de estética y solo en un 20 % por motivos de salud. Las nuevas tendencias sociales ponen en conexión la salud con la estética, sin embargo, la estética va cobrando un espacio creciente entre las preocupaciones de las poblaciones, a veces incluso por encima de la propia salud, tal como lo atestigua el hecho de las muy abundantes clínicas y empresas de todo tipo dedicadas al control de la obesidad.

Algunas de las patologías sociales relacionadas con el cuerpo son un exponente del sufrimiento al que estamos dispuestos a someter a nuestro propio cuerpo con el objeto de mantener una imagen que consideramos adecuada. Así la anorexia (y bulimia) cada vez más interclasista –antes reservada a chicas de estatus alto-, presente a edades cada vez más jóvenes y cada vez más indiferente al hábitat –antes localizada exclusivamente en las grandes ciudades- y del género (antes exclusivamente femenina y hoy creciendo el número de varones jóvenes anoréxicos), así como la anteriormente referida vigorexia, hunden sus raíces en un alteración de la imagen que el sujeto tiene de sí mismo, derivada de un rechazo por su cuerpo y el deseo de acercarse a unos cánones estéticos. Ambas enfermedades han sido definidas por algunos especialistas como “patologías del narcisismo” (Toro, 2005).

Con referencia a la alimentación, algunos especialistas han puesto de relieve como la cocina y el preparado de los alimentos está estrechamente ligado a las clases sociales (Goody, 1995; Bourdieu, 1991). En otros lugares hemos señalado la existencia de una cultura de género en relación al tipo de alimentos, a la cantidad y a su forma de consumirlos (Sánchez Vera, 2008b).

El interés creciente por la dietética, en tanto que “ciencia que trata de la alimentación conveniente en estado de salud y en las enfermedades” (RAEL), unido el creciente interés por la alimentación sana –no reñida con los nuevos hábitos sociales-, así como la dimensión que está alcanzando el segmento de productos dietéticos y light, son un indicador de la cada vez más generalizada preocupación de las sociedades por el cuerpo como realidad física y de la integración del trinomio salud-belleza-imagen. Una nueva patología social la ortorexia hace su aparición, se trata de la obsesión patológica por consumir sólo comida de cierto tipo: orgánica, vegetal, sin conservantes, sin grasas, sin carnes, o sólo frutas, o sólo alimentos crudos. La forma de preparación - verduras cortadas de determinada manera- y los materiales utilizados - sólo cerámica o sólo madera, etc.- también son parte del ritual obsesivo. Las personas ortoréxicas recorren kilómetros para adquirir los alimentos que desean pagando por ellos hasta diez veces más que por los ordinarios –un kilo de peras a salvo de plaguicidas supera los seis euros-; si no los encuentran o dudan de su inmaculado origen, prefieren ayunar; huyen de los restaurantes y rehusan invitaciones para merendar en casa de los amigos por no saber qué les van a ofrecer. Cuando incumplen sus propósitos, les embarga un sentimiento de culpa que desemboca en estrictas dietas o ayunos. La diferencia entre “anorexia” y “ortorexia” es que la primera está relacionada con la cantidad de comida ingerida y la segunda hace referencia a la calidad de los alimentos que se toman. En esta misma línea, el crecimiento del “vegetarianismo” en sus muy variadas formas (con dominancia de los ovo-lacto-vegetarianos), así como el particular caso de los “crudiveganos” o crudívoros (personas que solo comen alimentos crudos y veganos y donde los alimentos se combinan de forma “correcta”), al igual que el creciente interés de grupos en defensa de la dieta basada en la leche materna, o en el poder terapéutico-

preventivo de la orina de la propia madre, son un exponente del interés creciente que se dispensa a la alimentación y sus efectos en los cuerpos.

Si la obsesión por tallas es importante, el deseo de tener un color broceado de piel aparece como una nueva patología social. Así, la tanorexia, como nueva patología social, se trata de un comportamiento obsesivo inclinado hacia el gusto por conseguir obtener un tono de piel completamente bronceado. Da igual que se consiga por medio de radiación solar o a través de sesiones de rayos UVA. Lo importante es estar lo más moreno posible. Los tanoréxicos creen que nunca están lo suficientemente bronceados por lo que cruzan la peligrosa barrera de la exposición sin protección. Y aquí, el cáncer de piel, se convierte en el primer indicador de que el trastorno es un hecho.

En cualquier caso, el asunto no ha hecho más que empezar, pues tal como hemos señalado en otros lugares, los cuerpos en reparación (incluido los balnearios del cerebro), biónicos y “a la carta”, podrán ser una realidad en el siglo XXI (Sánchez Vera, 2008b y 2008c).

6. Debates y tendencias actuales sobre el cuerpo

Queremos señalar por último, la importancia de la presión sobre los cuerpos en las sociedades contemporáneas. Así, el debate político sobre el control de los cuerpos no ha hecho más que comenzar. Un discurso político –cada vez más hegemónico y globalizado- implica a un mayor número de Estados e instituciones supranacionales – UE, OMS- a favorecer legislaciones encaminadas a la erradicación de la obesidad y el tabaquismo. Con independencia del carácter de cruzada –que en opinión de algunos, tales actuaciones tienen-, no es menos cierto que entre las funciones del Estado está el favorecer la salud de sus ciudadanos, para lo cual parece mucho más que razonable que se pongan en juego políticas activas de desintoxicación para el caso de la adicción al tabaco y de información para controlar el peso, así como el ejercicio de una cierta pedagogía entre los ciudadanos en favor de su salud, ya que el “Estado de bienestar” lo

inspira un concepto de salud que la OMS definió en 1946 como un derecho humano fundamental, que no consiste simplemente en la ausencia de afecciones o enfermedades, sino en un estado de completo bienestar físico, mental y social.

Sobre este particular, no ha hecho más que iniciarse un debate en el que los Estados no pueden ser ajenos en la medida que a parte de afectar a la calidad de vida de los ciudadanos, puede afectar a los principios de la solidaridad. Así, algunos Parlamentos han iniciado el debate –en el que se cruzan y coinciden a veces posiciones neoliberales con posiciones más sociales- sobre los límites en la implicación del Estado -y de los particulares- en la prestación de determinados servicios de salud a personas obesas y a personas adictas al tabaco y que no han querido someterse a tratamientos antiobesidad o desintoxicantes. De esta manera, el Estado –como expresión de la sociedad- se pregunta hasta que punto tiene que ser solidario con los miembros que no participan activamente a favor de su salud. Desde el mundo de las aseguradoras algo parecido ocurre cuando estas ponen límites a sus prestaciones cuando concurren actos de negligencia por parte de sus asegurados como puede ser el no llevar casco y padecer un accidente de motocicleta. En cualquier caso, el asunto del control de peso cobra cada vez más relevancia en las políticas de salud y bienestar con indudable incidencia en muy variados aspectos de la vida pública y económica (laboral, transporte, pago de los gastos sanitario-hospitalarios, etc.), llegando a la estigmatización de los obesos en muchos ámbitos sociales y mediáticos, no es un asunto baladí, máxime si tomamos en consideración el crecimiento de la obesidad en todo el mundo. Aparecen incluso movimientos promovidos por “los gordos” en defensa de sus derechos y declarando el orgullo de ser gordo (Alandete, 2009). La gordura no es sólo un problema médico. Distintos informes señalan la gordura de las naciones como la antesala del Apocalipsis. Referido a que la obesidad es cara para Estado, algunos estudios referidos a USA señalan que la obesidad genera un 10% de todo el coste de la atención médica, siendo los gastos médicos generados por los trabajadores obesos son entre un 29% y un 117% mayores que los provocados por trabajadores con peso normal (El País, 30/11/2009: 43).

BIBLIOGRAFÍA

- ABC, 5 de noviembre de 2006, Madrid.
- Alandete D (2009) “La hora del orgullo gordo”. En *El País*, 30 de noviembre, Madrid, p. 30.
- Amaltea - Instituto de Sexología y Terapia. [En línea] Disponible en: www.amaltea.org [01/01/2010].
- Alberoni, A. (1984): *Enamoramiento y amor: nacimiento y desarrollo de una impetuosa fuerza revolucionaria*. Barcelona: Gedisa.
- _____. (1999): *El erotismo*. Barcelona: Gedisa.
- Badinter, E. (1993): *XY: La identidad masculina*. Madrid: Alianza.
- Baker, R. (2001): *El futuro de sexo. Reproducción y familia en el siglo XXI*. Madrid: Arena Abierta.
- Barba, A.; Montes, J. (2007): *La ceremonia del porno*. Madrid: Anagrama.
- Barthes, R. (1978): *Sistema de moda*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Baudrillard, J. (1981): *De la Seducción*. Madrid: Cátedra.
- Baxter, C. (2000): *El festín del amor*. Madrid: RDA.
- Bazo, M. T. (2005): “Consecuencias del envejecimiento en la sociedad española actual”. En *Panorama Social*, nº. 1. Madrid: Fundación Cajas de Ahorro. CECA, pp. 48-57.
- Beck, U. (1998): *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- _____. (1998): “Yo soy yo: Las relaciones entre los sexos dentro y fuera de la familia”. En *La sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós, pp. 131-162.
- _____. (2002): *La sociedad del riesgo global*. Madrid: Siglo XXI.
- _____. (2003): *La individualización: el individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U. y Beck, E. (2001): *El normal caos del amor (Las nuevas formas de relación amorosa)*. Barcelona: Paidós.

- Bourdieu, P. (1986): “Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo”. En Varela, J. (ed.): *Materiales de Sociología Crítica*. Madrid: La Piqueta, pp. 183-194.
- _____. (1991): *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- _____. (1999): *La miseria del mundo*. Madrid: Akal.
- _____. (2000): *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- _____. (2004): *El baile de los solteros*. Barcelona: Anagrama.
- Butler, J. (2001): *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós.
- _____. (2002): *Cuerpos que importan*. Barcelona: Paidós.
- Cabré, A. (1994): “Tensiones inminentes en los mercados matrimoniales”. En Jordi Nadal (ed.): *El mundo que viene*. Madrid: Alianza, pp. 37-62.
- Calvo, M. (2007): “¿Por qué confundir género y sexo?”. En *La Razón. La Gaceta del Viernes*, 14 de septiembre.
- Castells, M. (1994): “Flujos, redes e identidades: una teoría crítica de la sociedad Informacional”. En *Nuevas perspectivas críticas en educación*. Barcelona: Paidós, pp. 13-54.
- _____. (1997): *La era de la información*, vol. II: *El poder de la identidad (“El fin del patriarcado y sexualidad en la era de la información”)*. Madrid: Alianza.
- _____. (2002): *La era de la información*. Madrid: Alianza.
- Castells, M. y Subirats, M. (2007): *Mujeres y hombres ¿Un amor imposible?* Madrid: Alianza.
- Castillo Castillo, J. (1997): *El cuerpo recreado: la construcción social de los atributos corporales*. En *Rev. Sociología*, nº. 2, A Coruña: S.P. Universidade da Coruña.
- Castro, X. (2001): *Ayunos y yantares*. Nivola. Madrid.
- Del Río, P. (1996): *Psicología de los medios de comunicación*. Madrid: Síntesis.
- Del Río, V. y López, B. (eds.) (2005): *Hombres la construcción social de la masculinidad*. Madrid: Talasa.
- Dichter, E. (1963): *La estrategia del deseo*. Buenos Aires: Ed. Huelmul.
- Durkheim, E. (1965): *El suicidio*. Buenos Aires: Ed. Schapire.
- _____. (1982): *Las formas elementales de la vida religiosa*. Akal: Madrid.

- Elola, J. (2008): "Ser adicto al sexo no tiene gracia". En *El País*, 12 de octubre, Madrid.
- El País, 17 de octubre de 2006, Madrid.
- El País, 02 de noviembre de 2006, Madrid.
- El País, 28 de noviembre de 2009, Madrid.
- El País, de noviembre de 2009, Madrid.
- Entwistle, J. (2002): *El cuerpo y la moda. Una visión sociológica*. Barcelona: Paidós.
- Fast, J. (1971): *El lenguaje del cuerpo*. Barcelona: Kairós.
- Featherstone *et. al.*, (comp.) (1991): *The Body: Social Process and Cultural Theory*. Londres: Sage.
- Garrido, L. y Gil Calvo, E. (2002): *Estrategias familiares*. Madrid: Alianza.
- Giddens, A. (2006): *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Gil, M. y Cáceres, J. (coords.) (2.008): *Cuerpos que hablan (Géneros, identidades y representaciones sociales)*. Madrid: Montesinos.
- Gil Calvo, E. (2000): *Medias miradas (un análisis cultural de la imagen femenina)*. Barcelona: Anagrama.
- Gimeno, B. (2005): *Historia y análisis político del lesbianismo*. Barcelona: Gedisa.
- Goldberg, PH. D. (2005): *Los peligros de ser varón*. Madrid: Ediciones Letra Clara.
- Goody, J. (1995): *Cocina, cuisine y clase (estudio de sociología comparada)*. Barcelona: Gedisa.
- Guasch, O. (1995): *La sociedad rosa*. Barcelona: Anagrama.
- Gubert, R. (1992): *La mirada opulenta*. Barcelona: Gustavo Pili.
- Guereña, J. (2003): *La prostitución en la España contemporánea*. Madrid: Marcial Pons.
- Iglesias de Ussel, J. (1998): *La familia y el cambio político en España*. Madrid: Técnos.
- Lipovetsky, G. y Serroy, J. (2009): *La pantalla global: cultura mediática y cine en la era hipermoderna*. Barcelona: Anagrama.
- Lomas, C. (comp.) (2003): *¿Todos los hombres son iguales? (identidades masculinas y cambios sociales)*. Barcelona: Paidós.

- López, F. y Olazábal, J. (1998): *Sexualidad en la vejez*. Madrid: Pirámide.
- Luhmann, N. (1992): *Sociología del riesgo*. México: Universidades Iberoamericana.
- Marzano, M. (2006): *La pornografía o el agotamiento del deseo*. Buenos Aires: Manantial.
- Mc Fair (2004): *La cultura del striptease. Sexo, medios y liberación del deseo*. Barcelona: Océano.
- McQuail, D. (1991): *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*. Barcelona: Paidós.
- Marina, J. A. (2007): *Las arquitecturas del deseo*. Barcelona: Anagrama.
- Martínez Moreno, R. (2008): *La mujer modelada: del corsé a la cirugía plástica*. Madrid.: Ed. Jirones de Azul.
- Martínez Oliva, J. (2004): *El desaliento del guerrero (Representaciones de la masculinidad)*. Murcia: Ad Hoc. Cendeac.
- Martínez Pastor, J. I. (2009): *Nupcialidad y cambio social en España*. Madrid: CIS.
- Marzano, M. (2006): *La pornografía o el agotamiento del deseo*. Buenos Aires: Manantial.
- Moragas, R. (1999): *Gerontología Social (envejecimiento y calidad de vida)*. Barcelona: Herder.
- Morris, D. (2005): *La mujer desnuda: un estudio del cuerpo femenino*. Barcelona Planeta.
- _____. (2009): *El hombre desnudo*. Barcelona: Planeta.
- Nietzsche, F. (1972): *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza.
- Oakley, A. (1976): *Sex, Gender and Society*. London: Temple Smith.
- Odien, R. (2005): *Pensar la pornografía*. Barcelona: Paidós.
- Osborne, R. y Guasch, O. (comp.) (2003): *Sociología de la sexualidad*. Madrid: Siglo XXI.
- Pinker, S. (2009): *La paradoja sexual*. Barcelona: Paidós.
- Postman, N. (1991): *Divertirse hasta morir: El discurso público en la era del "show buiness"*. Barcelona: Ediciones de la Tempestad.
- Preciado, B. (2002): *Manifiesto ContraSexual*. Madrid: Opera Prima.
- _____. (2008): *Testo yonqui (Sexo, drogas y biopolítica)*. Madrid: Espasa.

- Puigvert, L. (2002): *Las otras mujeres*. Barcelona: El Roure.
- Roiz, M. (1994): *Técnicas modernas de persuasión social*. Madrid: Eudema.
- _____. (2002): *La sociedad persuasora (control cultural y comunicación de masas)*. Barcelona: Paidós.
- Romero, A. (2010): “El caos aéreo añade más lastre a la recuperación europea”. En *El País*, 20 de abril, nº. 6458, Madrid, p. 35.
- Russell Hochschild, A. (2008): *La mercantilización de la vida íntima*. Madrid: Katz editores.
- Salzman, M.; Matahía, I.; O’Reilly, A. (2005): *The future of men*. Ed. Palgrave McMillan.
- Sánchez Vera, P. (2008a): “¿Hacia una sociología de la eternidad? Bases para una prospectiva de las sociedades macro-longevas”. En VV. AA. *Sociología y realidad social. Libro homenaje a Miguel Beltrán Villalva*. Madrid: CIS., pp: 219-237.
- _____. (2008b): “Genero, clase y gusto alimentario. Una aproximación teórica”. En *Caderno Espaço Femenino*, vol. 19, nº. 1. Universidade Federal de Uberlândia. Centro de Documentação e Pesquisa em História-CDHIS. Brasil, pp. 175-199.
- _____. (2008c): “Sociedades macro-longevas y sociología”. En *Cadernos de Ciências Sociais*, nº. 25-26. Porto: Universidad de Porto (Portugal) pp: 285-305.
- _____. (2009): “Tres cosas hay en la vida”. En Riesco Vazquez, Rivera Navarro (eds): *Envejecimiento de la población en España y Japón: estudio comparativo y posibles implicaciones para Europa y Asia Pacífico*. Salamanca: AquilaFuente. Ed. Universidad de Salamanca, pp: 235-265.
- Sánchez Vera, P. y Bote, M. (2006): “Attitudes of the old people in Spain towards new marriage”. En *RBCEH - Revista Brasileira de Ciências do Envelhecimento Humano* V. 3 N. 2 - JUL.-DEZ, Passo Fundo (Brazil), pp: 22-34.
- _____. (2007): *Los mayores y el amor (una perspectiva sociológica)*. Valencia: Nau Llivres.
- Sánchez-Vallejo, M. A. (2008): “El cliente de la nueva prostitución es más joven”. En *El País*, 16 de enero, Madrid.
- Sau, V. (1995): *El vacío de la maternidad*. Barcelona: Icaria.

- Schilder, P. (1983): *Imagen y apariencia del cuerpo humano*. Valladolid: Cuatro Ediciones.
- Singly, F. de (2005): *L' Individualismo est un humanismo*. Paris: L'Aube.
- Taylor, J. (1990): *El circo de la ambición (la cultura del dinero y el poder)*. Barcelona: Anagrama.
- Toro, J. (2005): *El cuerpo como delito: anorexia, bulimia, cultura y sociedad*. Barcelona: Ariel.
- Trillo Figueroa, J. (2009): *La ideología de género*. Madrid: Libros libres.
- Tscheñon, E. (1997): *The Masque of Feminity*. Londres: Sage.
- Touraine, A. (1987): *El regreso del actor*. Buenos Aires: Eudeba.
- Turner, B. S. (1994): "Avances recientes en sociología del cuerpo". En *REIS*, nº. 68. Madrid: CIS, pp. 11-40.
- Valleur, M. y Matysiak, J. C. (2005): *Las nuevas adicciones del siglo XXI: sexo, pasión y videojuegos*. Barcelona: Paidós.
- Varela, J. (2004): "El poder de las imágenes. Las representaciones pictóricas de la Anunciación y el dispositivo de la feminización". En *Reflexiones sociológicas: Homenaje a José Castillo Castillo*. Madrid: CIS, pp. 1011-1040.
- Veyrat, P. (2008): "El miedo masculino a no rendir en la cama. Viagra, estereotipos y obsesión por el falo". En *El País*, 27 de marzo, Madrid.
- Vigarello Corbin, G. (2005): *Historia del cuerpo*. (3 volúmenes). Madrid: Taurus.
- Vlahos, O. (1979): *Body, the ultimate symbol*. Nueva York: J.B. Lippincott Co.
- Weber, M. (1969): *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península.
- Woodhouse A. (1989): *Fantastic Women: Sex, Gender and Travestism*. Londres: Mcmillan.